

El comprador

Alicia Miranda Hevia

Al letrero se le estaba descascarando la pintura. Decidió recogerlo. Levantó las manos para tomar el tablón que decía: SE VENDE ESTA PROPIEDAD.

Benigna abrió la puerta con su llavero. Ya había mandado a hacer un juego para el comprador.

En la lavandería, el gato se despertó y bajó del canasto de la ropa sucia para frotarse contra sus pantorrillas.

“Cochino, cochino. Cuántas veces te habré dicho que no te me acostés ahí. Pero bien que te gustan esos trapos tan suaves.”

Del armario sacó latas de pintura, aguarrás, un pincel y un frasco de vidrio. Comenzó a retocar.

“Qué vaina. Con estos aguaceros se me va a desteñir todo.”

Amancio se lo había aconsejado, sólo que ella no le había hecho caso.

“Vos siempre terminás teniendo razón, Amancio.”

Así le decía ella. Tal vez por eso habían durado juntos tanto tiempo.

Amancio nunca había dudado del poder del rótulo. Al día siguiente de ponerlo tocó el timbre un hombre de pelo muy claro, que hablaba con acento sudamericano.

Eran las nueve de la mañana. Ella dejó a medio pelar los chayotes y las zanahorias de la olla de carne. Le avergonzó tener que enseñar el dormitorio, porque todavía no había tendido la cama.

El señor no se fijó en eso, sino en que no había cuarto de servicio.

Benigna había objetado: “Ya no son tan necesarias. Bien puede conseguir una que venga por horas”.

El hombre rubio había barrido sus palabras con un ademán de disgusto.

El gato se había encaramado junto a ella y quería jugar con el pincel.

“Si sos peor que un güila. Qué animal más tequioso.”

Guardó el aguarrás y la pintura. Dejó el rótulo encima de la pila para que se secara. Lo volvería a instalar al amanecer.

En la cocina puso a calentar agua en la cafetera. Sobre la mesa estaba desplegado un periódico. En la sección de avisos económicos habían pagado un anuncio: SIN INTERMEDIARIOS SE VENDE...

Amancio y Benigna habían discutido mucho la redacción de aquel texto. ¿Había atraído al japonés?

Aquella tarde había llovido hasta las tres. El recolector de botellas y papel había pasado encima de los charcos. Jalaba el carretillo con la cintura y se tapaba la cabeza con una caja de cartón.

Akihiro había aparecido de pronto en la entrada. El apellido no se lo pudo entender, ni con la tarjeta de visita, que por un lado traía su foto y letras japonesas, y por el otro, en español, su nombre y el de la compañía que lo empleaba.

“Tengo que viajar por toda Centroamérica.”

La sonrisa de Akihiro era tan ancha que parecía que se quedaba flotando en el aire. Abrió todas las puertas, pateó el piso. Después objetó que por estar junto a la calle principal, seguramente habría ruido.

Benigna explicó que no; sólo de vez en cuando pasaba algún transeúnte. Antes sí, cuando se celebraba la feria del agricultor en la plaza. Los sábados, desde buena mañana, aquello era un bochinche.

Pero ahora no. Es más, en el silencio a ella le gustaba oír el trino de un yigüirro, los truenos, el vuelo de algún helicóptero allá arriba.

“Si me rebaja cinco mil dólares pago de contado”.

Benigna le contestó a Akihiro que tendría que esperar el regreso de su marido y consultarle. Akihiro se inclinó y se fue.

“Tengo que hablar con Amancio”.

Ya estaba hirviendo el agua. Se hizo la manzanilla de las noches. Por suerte le gustaba, porque había mucha en el jardín.

Se acostó. Dio vueltas entre las sábanas heladas. Agradeció el golpe de los goterones sobre el zinc del techo, y las ráfagas que hacían crujir el cas y el nance del patio.

“Aquí, esos árboles crecen; pero esta zona es mejor para duraznos y manzanas.”

Había que ver aquellas cosechas de la finca de Clodoveo, cuando ella y Amancio iban en la camioneta a comprar fruta. La estacionaban en la cochera y les parecía un lujo. Pero al señor gringo no le gustó.

Por eso no quiso la casa; para meter otro carro había que ampliar el garaje, y eso significaba destruir el antejardín.

Benigna terminó por dormirse. Lo último que recordó fue el acento del gringo al despedirse.

“Gracias, señorre.”

“¡Señorre! ¡Señora se dice, viejo tonto!”

Debido al letrero el teléfono seguía sonando. La panameña, por ejemplo, llamó cinco veces antes de venir. Resultó una rubia perfumada y enojada que hablaba sin parar. Pero andaba buscando algo más lujoso.

Aquello los tuvo amargado unos días. Luego vino un marinero holandés, a punto de pensionarse, acompañado por una muchacha que enrojecía cada vez que Benigna le dirigía la palabra.

El holandés se molestó al oír el precio.

“¡Había pensado que este país era más barato!”

Fatigados de lidiar con los clientes, Amancio y Benigna decidieron hablar con un corredor de bienes raíces. Don Marcos vino, le echó una ojeada a los baños, midió a zancadas el ancho de la cochera y apuntó el número de habitaciones.

Con ella se puso a comentar lo personal.

“Así es que se les han ido los hijos. Me ha dicho don Amancio que uno está en Venezuela y el otro en los Estados Unidos, ¿verdad? Así es, en esta época de la vida las residencias les quedan nadando a las parejas.”

Cierto. A Benigna se le encogía el corazón al recordar las risas de sus muchachitos cuando jugaban en el jardín.

Total que antes de traerles clientes, don Marcos insistió en que la construcción no valía tanto, y la comisión les pareció alta. Por eso dejaron el trato con él.

“De haber sabido hubiéramos vendido a cualquier precio y nos hubiéramos ido”.

Benigna salió al jardín y se secó las lágrimas. Hacía sol, y el cielo tan azul hacía difícil creer que iba a llover toda la tarde. Pero ella agradecía el aguacero, porque le haría

compañía en aquella tarde que sería tan larga. Qué importaba ahora que se destiñera el rótulo.

Se agachó para recoger unas flores de manzanilla. Estaba débil. De todas maneras nunca había querido alejarse. ¿Qué tal si aparecía por fin el comprador? La iba a librar de la casa y de todo lo que estaba disimulado allí bajo la tierra.

Volvió a sentir los dolores sin tregua del corazón consternado cuando Amancio se quedó dormido para siempre, aquellos de las manos ampolladas y la cintura partida por haber tenido que excavar un hueco tan hondo, a su edad. Había sembrado manzanilla encima, para no quedarse definitivamente sola.

Más allá, debajo del culantro de coyote, había tenido que hacer lo mismo con el gato. Ya no tuvo más fuerzas para ir a buscar ratones cada vez más lejos.

No se oía nada. “Qué japonés más bruto. Qué trafico va a circular aquí, si ya esta calle no lleva a ninguna parte. Igual vos dónde ibas a meter los carros, gringote.”

Benigna entró y trató de encender unas hojas para calentar la manzanilla. Pero estaban todas mojadas.

“Llueve tanto aquí”.

Se tomó un poco del agua serenada de la cacerola que dejaba afuera toda la noche.

Se sentó. La brisa levantó las páginas amarillentas del periódico que estaba extendido encima de la mesa.

Mejor que se apurara el comprador a cruzar la mortaja de la lluvia, que se había desatado sobre los escombros y los charrales que todo lo cubrían hasta llegar al pie de las montañas.